

Jacob, Jacob

VALÉRIE ZENATTI

Traducción de Iballa López. Armaenia. Madrid, 2017. 150 pp., 18€

En la frontera entre varias culturas, países y religiones, al borde de una realidad y la idea imaginaria que se tiene de esa realidad, allí nace *Jacob, Jacob* la última obra de la francesa Valérie Zenatti (Niza, 1970). La novela, que obtuvo el premio Inter Livre, se centra en la corta vida de Jacob, muerto al final de la Segunda Guerra Mundial y en la huella que el personaje dejó entre los miembros de su familia. Criada en Israel, Valérie Zenatti aborda el tema multicultural y religioso en casi todas sus obras. La experiencia del servicio militar a los 18 años le inspiró para escribir *Cuando era soldado*. En 2008, publicó *Una botella al mar de Gaza*, obra en la que explora el conflicto judío palestino.

La historia de Jacob rescata la memoria del hermano de su abuelo, joven judío intelectual de Costantina, alistado en 1944 para ir a luchar contra los alemanes a las costas francesas. Unas semanas más tarde, Jacob muere en combate con apenas 19 años. Con alternancia de capítulos, la novela sigue al joven soldado y a su familia argelina, modesta y pendiente de unas tradiciones respetadas por solo una parte del país. A través del retrato del joven, la novela muestra la vida en las colonias francesas. Lugares en donde se entremezclan los idiomas en el caso de la familia de Jacob el hebreo y el árabe en casa, el francés en la calle, la gente —y Jacob el primero— aprenderá a idealizar un país,

Francia, que apenas conoce a través de los textos de los libros, la radio y las canciones. Cuando Francia le necesitó, sin la menor duda Jacob se alista.

El relato es de una extraña ternura. De las palabras y la forma de Zenatti procede el poder del texto que confiere un sentido más profundo a la historia de este muchacho que se deja arrastrar a una guerra que le es completamente ajena, sin entender el sentido de la lucha. Un judío argelino luchando por salvar Francia de una invasión alemana en la que han asesinado a millones de judíos. Jacob no va a tener tiempo ni de pensar en ello. Momentos de intensidad atraviesan esta corta

LA VOZ POTENTE DEL NARRADOR MUESTRA LA TENSA SITUACIÓN ARGELINA, CON SU DIVERSIDAD CULTURAL Y SU MACHISMO

novela, como la noche que Jacob pasa en casa de unos campesinos franceses o su mágico encuentro con Louise.

La voz potente del narrador (o ¿narradora?) muestra la tensa situación argelina, tanto el día a día de unas mujeres que deben luchar contra el machismo de sus maridos, como la diversidad cultural y religiosa de unos ciudadanos que no comparten ni el idioma ni las tradiciones. **JACINTA CREMADES**

Solenioide

MIRCEA CARTARESCU

Traducción de Marian Ochoa de Eribe

Impedimenta. Madrid, 2017. 800 páginas. 28€

Reconozcámoslo. No hay nada más aburrido que escuchar (o leer) los sueños de los demás. Salvo, quizás, si quien los cuenta es Mircea Cartarescu (Bucarest, 1956). Al fin y al cabo, su magno *Solenioide* (2015) no es más (ni menos) que eso. Un gran sueño, visto en sus dos acepciones: evasión y deseo, anhelo y fantasía. Son estos además los dos ejes sobre los que gira esta desbordante (pequeña) gran historia sobre un apocado profesor de instituto, a la postre escritor frustrado, que vierte en sus psicóticos diarios no solo sus recuerdos de infancia y adolescencia, no solo el vacío de su vida adulta, también sus miedos más inconfesables. Todo ello forma parte de una misma realidad. De algún modo se retroalimenta.

El protagonista escribe convencido: “Si no existieran los sueños, jamás habríamos sabido que tenemos alma. El mundo real, concreto, tangible, sería lo único que existe, el único sueño permitido y, en tanto que único, incapaz de reconocerse a sí mismo como sueño. Dudamos de él porque soñamos”. Sus sueños, no obstante, están repletos de horribles imágenes, muchas son fantasmagóricas pesadillas, a través de las cuales mide la realidad de su día a día, que es a su vez triste y oscura. Al menos hasta que

aparece en su vida el solenioide, la enigmática bobina energética que da título a esta subyugante novela.

La estética de *Solenioide* viene de algún modo apadrinada por los desvelos oníricos de Nicolas Vaschide y las filigranas tecnológicas de Nikola Tesla, éste último padre putativo del solenioide, engendro mecánico con el que Cartarescu hace verdadera magia. Bastará con pulsar el interruptor del aparato para que el lector se vea suspendido, como sus protagonistas, en un mundo de fantasía más físico de lo que uno quisiera admitir. Así de intensa es la lectura de estos pasajes, toda una experiencia tremendamente difícil de compartir aquí en unas pocas líneas.

Pero si una visita al “lado salvaje” de esta novela resulta embriagadora, no menos intenso se presenta el acompañar al protagonista por las desnudas y moribundas calles de una Bucarest levantada sobre hierro y cemento, aquí dibujada magistralmente a través de un realismo imponente, frío y gris, que choca de frente con esos otros aires pesadillescos, casi love-





©FIL GONZALO GARCÍA

su bola, cómo no) por David Lynch, a ver qué les sale. Las referencias a Borges terminarán resultando, por otro lado, inevitables. Tampoco Cartarescu querrá ocultarlas. *Solenoides* es un perpetuo homenaje a los lectores, también a la misma historia de la literatura.

En el posfacio que acompaña a esta elegante primera edición en cartón (la segunda, según se ha anunciado, será en rústica), Marius Chivu califica a Cartarescu de narrador “lírico-fantástico-metafísico”, y no se me ocurre mejor definición. *Solenoides* no deja de ser un ejercicio estilístico supremo, que incurre, como todo tocho que se precie, en una serie de excesos: un quizás demasiado rimbombante uso del lenguaje (sobre todo del lenguaje técnico o científico), algún que otro ramalazo de cursilería (a *Solenoides*, en ocasiones, se le ven las costuras de “novela de poeta”), una cierta tendencia a sublimar lo cotidiano (todos hemos ido con miedo al dentista), y, sobre todo, un imperdonable (por pueril) abuso de la palabra “socorro” a lo largo de diez páginas completas.

Con todo, dichos excesos (defectos) son absorbidos por el artefacto que es *Solenoides*, toda vez que pueden achacarse al protagonista de la novela, ese frágil letraherido que mientras desgrana en sus diarios sus frustraciones humanas y sus temores más íntimos va creando involuntariamente la más grande e insospechada de sus obras literarias, una suerte de bola de nieve de palabras, dotada de una poética propia y delirante, también errática, finalmente peligrosa, que lo consumirá.

Solenoides no es una obra maestra, ni falta que le hace. Le

ocurre igual que a *La broma infinita* (1996), de David Foster Wallace, obra con la que comparte no pocos paralelismos. Ambas son novelas totalizadoras de las estéticas de sus autores, ambas funcionan como catálogos razonados de sus filias y sus fobias. En *Solenoides*, obra personalísima como pocas, nacen y mueren todas las vidas de Cartarescu, también, cómo no, todas sus literaturas. Empiecen o terminen por aquí, da igual. Pero léanla. Porque por su contundencia y ambición, *Solenoides* está llamado a convertirse en uno de los títulos importantes de lo que llevamos de siglo.

**SOLENOIDE, COMO
LA BROMA INFINITA,
DE FOSTER WALLACE, SON
NOVELAS TOTALIZADORAS
DE LAS ESTÉTICAS DE SUS
AUTORES. AMBAS FUN-
CIONAN COMO CATÁLOGOS
RAZONADOS DE SUS
FILIAS Y SUS FOBIAS**

craftianos, que recorren *Solenoides*. Igualmente fascinante resulta asistir a esas reuniones de profesores sepultados por la rutina, en un muy crítico retrato soterrado del régimen de Ceaucescu, nada complaciente.

El cómo consigue Cartarescu intercalar atmósferas tan dispares resulta simple y llanamente admirable y quizás radique ahí el secreto de su éxito, en esa capacidad para igualar el tono de una narración que se

mueve entre tantos mundos, todos ellos retratados con precisión de entomólogo. No por nada, los bichos, la vida microscópica, poseen una importancia capital a lo largo de esta novela cósmica de aires decimonónicos, única en su género. Para hacerse una idea aproximada de en qué submundos se mueve *Solenoides*, tan solo se me ocurre un juego macabro: imaginen una historia de Franz Kafka (aquí el gran homenajeado) filmada (a

P.D.: Resulta imposible no alabar la impecable traducción que se ha marcado aquí Marian Ochoa de Erbe, conocedora en profundidad de la obra del rumano, cuyo trabajo se antoja perfecto. Ella es en gran medida responsable de que la lectura de *Solenoides* se termine convirtiendo en toda una experiencia inolvidable. **FRAN G. MATUTE**

 Lea la entrevista con el escritor rumano en www.elcultural.es